

¿CAMBIAREMOS A TIEMPO?

Víctor Barrueto
Luís Carrasco

Los nuevos paradigmas

La historia presente se escribe en tomo a desafíos globales o planetarios, como los que el cambio climático, la tremenda inequidad a nivel mundial, la crisis ecológica, la energética, o la financiera nos plantean.

Contamos ya con sobradas evidencias de la responsabilidad humana en ellas y se estudian las relaciones que unen unas a otras de modo vertiginoso. El diálogo trans y multidisciplinario se impone como una necesidad ineludible.

Necesitamos detenernos y pensar juntos acerca de lo que es posible frente a estas crisis y para mirar más allá del pasado, de la manera más amplia y sistémica posible, con la disposición a cuestionar lo que hemos hecho hasta ahora, con la apertura que nos permita lograr un aprendizaje real y visualizar nuevas acciones en el futuro.

Creemos que es necesario y urgente cuestionar nuestras relaciones y prácticas como civilización, preguntamos si todos los resultados alcanzados con ellas son sustentables, si son aptas para resolver las situaciones críticas que hoy enfrentamos, si nuestro modo de conocer, organizar, convivir o gobernar son los adecuados para superar la situación actual.

Tenemos la convicción que no podremos cambiar nuestras prácticas sin un cuestionamiento a las fuentes que nos han llevado hasta aquí, sin observar los paradigmas que nos han movilizado como hilos invisibles hasta esta situación y sobre todo si no descubrimos los nuevos que a futuro resulten adecuados.

¿Hacia dónde nos llevan estas crisis? ¿Se abrirá una gran oportunidad de cambio y crecimiento humano, o será un gigantesco desastre fruto de asumirlo con los mismos códigos de siempre: negación o competencia y confrontación?

Este seminario pretende contribuir a esta reflexión sobre paradigmas, atizados por la amenaza del calentamiento global, para que los participantes, todos líderes en diversos dominios, constituyamos una Red de Conversaciones en Chile que se una a la fracción de la humanidad que se está movilizando para abordada.

A nuestro juicio, asoman ya algunos fenómenos que dan claves de lo que puede venir:

- Somos parte de la biosfera, su alteración puede llevarnos a desaparecer.
- El universo que nos creó se rige por leyes superiores a las nuestras.
- Somos una sola comunidad planetaria interdependiente.
- Somos un todo interconectado, nadie puede ser humano aisladamente.
- La felicidad es posible con desarrollo humano y convivencia.

- La acumulación material no es sustentable ni brinda, a partir de cierto estándar, necesariamente más felicidad.
- El paradigma de la competencia está agotado.
- El desarrollo humano se logra en la cooperación.

¿Tomaremos esta oportunidad a tiempo?

Vivimos un momento de “quiebre”, que podría inclinarse hacia una dirección determinada, a condición que trabajemos por ello, a la que llamaríamos “ecosofía”, es decir, hacia el cómo saber vivir, o como vivir sabiamente en nuestro planeta.

¿Acaso no parece que se empieza a abrir el espacio para pasar rápidamente del modernismo a la era de la integración, en que predomine una visión más holística, creativa e integradora?

¿No parece también que viene una ola de espiritualidad y fortalecimiento de los valores de la vida cotidiana, que apuntan hacia la calidad de nuestra convivencia y a la plenitud del sentido de nuestras vidas y que de algún modo surge como la contraparte al estilo de vida que hemos recorrido por siglos y que nos ha llevado a una encorajada?

En algunos países surge como objetivo de políticas públicas el perseguir la mayor felicidad para todos, y la compasión hacia uno mismo y hacia los demás como el gran secreto para lograrlo; incluso aparece un nuevo indicador en el crecimiento de los países: la FGB (felicidad geográfica bruta), para dar cuenta de cómo sus habitantes sienten una vida más significativa, con mayor bienestar y satisfacción, una vida más realizada.

¿No será que el cambio que recién comienza, implica necesariamente una adaptación vigorosa a una nueva realidad, un proceso de “aprendizaje de la especie, donde responsabilidad, innovación y aprendizaje pueden ser la marca distintiva de esta generación?

Muchos piensan que viene un gran despliegue del “desarrollo de capacidades para lograr el pleno potencial de los seres humanos, ya que hasta hoy hemos sido “mutilados” al valorar sólo aspectos parciales de nuestras formas de inteligencia, algo así como si se hubiera obligado a nuestra especie a correr una carrera con los ojos vendados y las manos y los pies atados.

El paradigma de la cooperación

Los paradigmas son modelos, mapas o patrones que culturalmente y hasta inconscientemente nos ubican en la realidad y nos marcan el rumbo: sostenemos que el próximo gran paradigma de la humanidad será la cooperación.

Todo indica que será necesario fortalecer el paradigma de la COOPERACIÓN por sobre la COMPETENCIA, hoy es una necesidad no solo una opción, tanto desde el punto de vista de la eficacia para abordar los desafíos globales, como desde la realización personal.

Está muy instalada la idea de que para triunfar en la vida es necesario competir. Pero, ¿Cuál es el costo humano, social y planetario de eso?, ¿qué pasa con los que pierden?

La humanidad ha pasado mucho tiempo en confrontación. Junto a eso hemos sido cada vez más dominados por el paradigma de la competencia como forma de vida y de relacionarnos. Eso no tiene por qué ser así necesariamente. Muchos pensamos por el contrario que llegó el momento de la colaboración por una gran cantidad de causas y razones.

Una de ellas es que, en los foros mundiales como hemos visto, se abre paso la convicción que los desafíos globales como, la tremenda inequidad social, el calentamiento global, el agotamiento de los combustibles fósiles, sólo tienen solución sobre la base de un gran esfuerzo común y compartido a escala planetaria.

Otra es que se aprecia un emergente, pero poderoso cambio de mentalidad planetario: con ideas matrices como la convicción de que todas las cosas están conectadas con todas; el surgimiento de un pensamiento sistémico, que valora el contexto y lo multidimensional de lo que explicamos; toda una “mente nueva” que realza más la intuición, la sabiduría, la creatividad, la inspiración, la estética y los valores; una voluntad, por con-versar y comprender más al otro, y de escuchar más, respetar, crear confianza, aprender, comprometerse, y hacerse responsable; un desplazamiento emocional hacia la compasión, la amabilidad, y la solidaridad prácticas; surgen incluso nuevas disciplinas como la “ciencia de la felicidad”, la “inteligencia colectiva”, la “inteligencia emocional o la relacionar.

La competencia existe y hasta es necesaria sobre todo si se trata de una “competencia sana, amistosa y leal”: pero la cooperación es mucho más fundamental y más exitosa.

La cooperación es esencial, la competencia circunstancial. La cooperación ha estado en la base de nuestra vida familiar y en sociedad, sin ella nada de nuestra convivencia sería posible. Pero es necesario hacerla salir a flote, a la superficie, hacerla consciente, conectarla a nuestras emociones y al futuro.

Miremos la biología y veremos entre cincuenta y cien trillones de células funcionando en perfecta cooperación. Miremos Internet comunicando a todos con todos. Miremos las Naciones Unidas, o el reciente informe sobre calentamiento global, la mayor investigación científica de todos los tiempos realizada por miles de científicos colaborando unos con otros.

La cooperación busca el bien común. La competencia, genera ganadores y perdedores. Los ganadores sienten mayor ambición, arrogancia y miedo. Los perdedores quedan resentidos, resignados o tienen miedo. La sociedad basada en ganadores y perdedores excluye, no integra. La gñeña, es sin duda la más desastrosa de las obras humanas resultado de la competencia llevada al extremo asociada a la ira, el miedo, el egoísmo o el resentimiento. La cooperación en cambio, surge en la gratitud y en la empatía, y las obras humanas más imperecederas son fruto de la colaboración. En fin lo que aspira cualquier ser humano es a ser feliz, no a ganar. La cooperación, al mismo tiempo puede ser doblemente exitosa porque sus resultados pueden ser mejores y más eficientes, pero además el proceso es más grato y realizador.

Algo notable es que las personas que han tenido la experiencia de ser parte de un gran equipo, lo que más destacan es el significado pleno de su experiencia: hablan de formar parte de algo mayor que ellos mismos, de estar conectados, de trascender. Destacan eso como periodos singulares de sus vidas, vividos como los más completos y como una experiencia realizadora y de crecimiento personal.

Tenemos que desarrollar entonces la “inteligencia colectiva”, que es la capacidad de un grupo de personas para colaborar en orden a decidir su propio futuro, y alcanzarlo en un contexto complejo.

Pero todo esto requiere de liderazgo. Lo que nos obliga a preguntarnos por el tipo de liderazgo necesario y útil a estas nuevas realidades y desafíos: quizás ya no sirva tanto definir el liderazgo como una posición de autoridad en una estructura social, o como un conjunto de características personales, sino más bien como una actividad que busca movilizar a personas para vivir con nuevos paradigmas, un liderazgo creativo, no manipulador ni autoritario, un liderazgo asociativo que ponga en el centro la cooperación para hacer viable una solución positiva a las crisis que hemos creado.

Necesitamos líderes para esto: formar líderes al servicio de otros, como facilitadores del auto potenciamiento de todos y cada uno.

El liderazgo que se requiere hoy nos demanda mucho valor para cambiar y hacer cambiar. De otro modo podremos hacer muy bien, exactamente lo que no tenemos que hacer, e incluso no hacer nada.

En todos los espacios está en crisis la competencia por la falta de sentido que genera y por el costo de infelicidad que produce a todos y en particular a los millones de seres condenados a “perder”. Al mismo tiempo, millones de seres humanos colaboran ¿estamos a tiempo de tomar esta oportunidad?

Santiago, marzo de 2008.